

EL MALESTAR EN LA GLOBALIZACIÓN. NUEVAS FORMAS DE AUTORITARISMO SOCIAL

DISCONTENT WITH GLOBALIZATION. NEW FORMS OF SOCIAL AUTHORITARIANISM

O MAL-ESTAR NA GLOBALIZAÇÃO. NOVAS FORMAS DE AUTORITARISMO SOCIAL

EZEQUIEL EDUARDO IPAR¹

RESUMO No contexto da crise que eclodiu no mercado financeiro em 2008, muitos cientistas sociais diagnosticaram um “mal-estar na globalização”, que reuniu uma série de fenômenos diferentes: o ressurgimento do nacionalismo, a ruptura de pactos de solidariedade institucionalizados, a crescente influência de discursos e partidos políticos abertamente xenófobos e racistas, uma nova onda de críticas às desigualdades sociais geradas pelo capitalismo desregulado e novas demandas de proteção social. Nesse contexto de “mal-estar na globalização”, o surgimento de novas e velhas formas de autoritarismo social constitui uma constelação específica de fenômenos, que precisa ser investigada em sua particularidade. O nosso trabalho centra-se nessa constelação do autoritarismo social contemporâneo, conectando com uma pesquisa mais ampla que se refere aos problemas e desafios das democracias contemporâneas.

PALAVRAS-CHAVE: AUTORITARISMO; IDEOLOGIA; DEMOCRACIA.

ABSTRACT In the context of the crisis that broke out in the financial market in 2008, many social scientists diagnosed a “discontent with globalization”, which brought together a number of different phenomena: the resurgence of nationalism, the breaking of institutionalized solidarity pacts, the growing influence of openly xenophobic and racist political discourses and parties, a new wave of criticism of the social inequalities generated by deregulated capitalism and new demands for social protection. In this context of “discontent with globalization” the emergence of new and old forms of social authoritarianism give form to a specific constellation of phenomena, that must be investigated in its particularity.

¹ Universidad de Buenos Aires (UBA), Buenos Aires – Argentina.

Our work focuses on this constellation of phenomena of contemporary social authoritarianism, connecting with a broader research that addresses the problems and challenges of contemporary democracies.

KEY-WORDS: AUTHORITARIANISM; IDEOLOGY; DEMOCRACY.

RESUMEN En el contexto de la crisis que estalló en el mercado financiero en el año 2008, muchos científicos sociales diagnosticaron un “malestar en la globalización”, que reunía una serie de fenómenos diferentes: el resurgimiento del nacionalismo, la ruptura de pactos de solidaridad institucionalizados, la creciente influencia de los discursos y partidos políticos abiertamente xenófobos y racistas, una nueva ola de crítica de las desigualdades sociales generadas por el capitalismo desregulado y nuevas demandas de protección social. En este contexto de “malestar en la globalización”, el surgimiento de nuevas y viejas formas de autoritarismo social le dan forma a una constelación específica de fenómenos, que debe ser investigada en su particularidad. Nuestro trabajo se centra en esta constelación de fenómenos del autoritarismo social contemporáneo, conectando con una investigación más amplia que se refiere a los problemas y desafíos de las democracias contemporáneas.

PALABRAS CLAVE: AUTORITARISMO; IDEOLOGÍA; DEMOCRACIA.

EL AUTORITARISMO Y LAS DESIGUALDADES SOCIALES HOY

El trabajo que vamos a presentar en esta oportunidad es el resultado de una investigación empírica inspirada en el estudio sobre la personalidad autoritaria de Adorno y sus colegas (ADORNO et al., 1950). Nuestro trabajo tiene como base una encuesta y una serie de grupos focales realizados en la Ciudad de Buenos Aires, Argentina, entre el año 2013 y 2015. La encuesta puntualmente fue realizada a comienzos del año 2013, también en la Ciudad de Buenos Aires. Al realizar esta indagación, utilizamos consideraciones teóricas, metodológicas e inclusive algunos de los instrumentos para medir el autoritarismo que fueron diseñados y perfeccionados en el marco de la investigación que le dio origen al libro *La personalidad autoritaria* (ADORNO et al., 1950).

Para poder contextualizar nuestra propia investigación, desearía comenzar presentando un tema que nos motivó a retomar el trabajo sobre *La personalidad autoritaria*. Me refiero al problema de la desigualdad social o, para ser más preciso, a la relación que existe entre los procesos históricos en los que se producen grandes transformaciones en las desigualdades sociales y las ideologías que las justifican, permitiendo que existan en la población distintos grados de aceptación y/o estímulo de las mismas. A los fines de esta introducción, junto con el abordaje del problema ideológico sobre las desigualdades sociales, conviene que tengamos presente qué estaba pasando con esas desigualdades en el período en el que realizamos nuestra investigación sobre la dimensión ideológica de esta problemática.

Si bien existen múltiples estudios e indicadores a los que se podría recurrir para lograr una aproximación objetiva a la situación de las desigualdades sociales entre fines del siglo

XX y comienzos del siglo XXI, en esta ocasión voy a trabajar exclusivamente con el coeficiente de Gini, a través de una serie temporal que compara la evolución de la desigualdad económica en varios países: Argentina, Brasil, EE.UU., Chile, México, España y Francia (ver Gráfico 1). Sabemos que el coeficiente de Gini viene estandarizado para representar una medida de resumen de las desigualdades de ingreso, de modo que al variar entre 0 y 1, donde 0 indica una igualdad perfecta (todos los individuos reciben el mismo ingreso) y 1 indica una desigualdad absoluta (un solo individuo recibe todo el ingreso disponible), nos permite comparar los niveles de desigualdad de los países a través del tiempo.

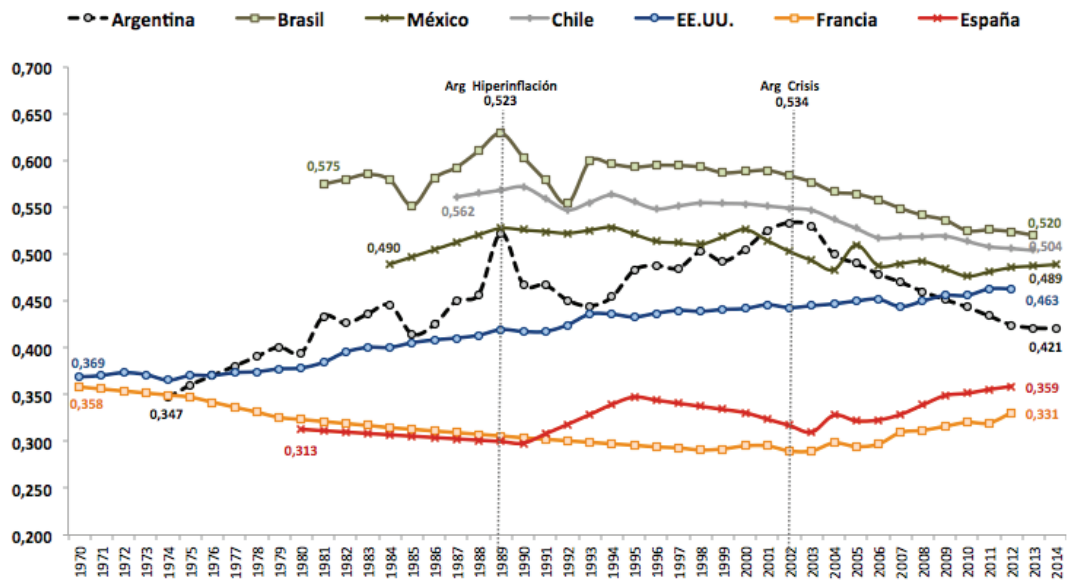


Gráfico 1: GINI países seleccionados, 1970-2014 (en coeficientes)
Fuente: Elaboración propia a partir de datos de CEI, CEDLAS-UNLP y Banco Mundial.

En el período histórico que estamos analizando, marcado en términos generales por la globalización de las políticas económicas neoliberales de fines de los años '70, encontramos – sobre todo en América – un panorama de grandes modificaciones de las desigualdades sociales, en general en el sentido de un aumento significativo de las mismas. El caso testigo y, evidentemente, el más importante por el lugar que ocupa en la economía mundial es el de los EE.UU. Entre el año 1970 y el año 2014, el índice de Gini empeora significativamente, pasando de 0,369 en 1970 a 0,463 en 2014, llegando así a un nivel de desigualdad superior al de la Argentina en el mismo año y acercándose, de este modo, al nivel de desigualdad de un país tradicionalmente desigual como México. Cuando analizamos el caso específico de Argentina, vemos dos picos muy claros en el nivel de la desigualdad medida a través del coeficiente de Gini, que coinciden con las crisis económicas del año 1989 y 2001. Este último pico lleva la desigualdad en Argentina al valor de 0,534, valor que luego fue revertido de modo continuado en el período 2003-2014, llegando en el año 2014 a 0,421 (ver Gráfico 1). Si tomamos la crisis económica del año 2001 como punto de corte entre dos procesos puestos en la historia económica del país, observamos que durante

las dos presidencias de Carlos Menem (1989-1999) y la presidencia de De la Rúa (2000-2001) la desigualdad no para de crecer, siguiendo ciclos irregulares que estallan entre el año 1999 y el 2001. En el otro período histórico, tanto en la primer presidencia de Néstor Kirchner (2003-2007) como en las dos presidencias de Cristina Kirchner (2008-2015), la desigualdad disminuye, lográndose una reversión muy importante en la estructura de las desigualdades que se fueron sedimentando como resultado de las reformas neoliberales de los años '90. En cualquier caso, para los fines de este trabajo, lo que nos interesa destacar es que tanto en un sentido como en otro, ya se trate de un aumento o de una disminución, en el período en cuestión se están produciendo grandes transformaciones en materia de desigualdades sociales, que son el correlato de grandes luchas sociales e ideológicas en torno a esta cuestión crucial de la relación entre economía y política en la modernidad.

Si nos preguntaran: “¿por qué comenzar un artículo que pretende dar cuenta de un estudio sobre autoritarismo planteando la cuestión de la desigualdad?”, la respuesta sería relativamente sencilla. En el desarrollo de nuestra investigación, las ideologías prácticas que justifican las desigualdades aparecieron asociadas una y otra vez, de distintos modos y en diferentes estructuras discursivas, con el problema del autoritarismo. Para comprender cuáles son y cómo funcionan de modo articulado las ideologías que justifican las desigualdades y las ideologías autoritarias, conviene comenzar recordando que ya Max Weber había situado a la cuestión de la desigualdad como el gran problema que deben enfrentar todas las ideologías en la modernidad, ya que toda ideología moderna debe superar el desafío de contribuir con la reproducción de una estructura social desigual bajo los designios y las motivaciones de una cultura moral y política igualitaria. Por eso para Weber resultaba sumamente relevante comprender cómo se justificaban, en un determinado momento histórico, a través de una determinada estrategia político-cultural, las desigualdades fundamentales de las sociedades capitalistas en la modernidad. Este problema, lejos de haberse disipado, se ha vuelto central, tanto en nuestra actualidad política como en nuestra actualidad ideológica.

REPRESENTACIONES Y AFECTOS SOBRE LA JUSTICIA SOCIAL

Ahora bien, la actualidad de esta asociación entre autoritarismo y justificaciones de las desigualdades sociales también puede ser demostrada empíricamente. En nuestro trabajo empírico cualitativo nos movimos en esta dirección, para conocer cuáles eran los puntos de contacto que existían entre las representaciones que circulan en distintos grupos sobre la justicia social y sus disposiciones prácticas con relación al autoritarismo. Utilizando cinco preguntas de la encuesta que habíamos aplicado previamente en el relevamiento cuantitativo, dividimos a los grupos de discusión (*focus group*) en dos grandes categorías: *grupos democráticos*, compuestos por individuos que contestaban estas preguntas manifestándose a favor de la justicia social y en contra del autoritarismo, y *grupos anti-democráticos*, que en una primera aproximación se posicionaban en contra de la justicia social y a favor del autoritarismo. A los grupos diferenciados de esta manera les hicimos la pregunta por la cuestión

de la justicia social y los interrogamos de un modo muy abierto sobre el sentido intuitivo que le podían dar a esta palabra, pidiéndoles también que asociaran libremente el término “justicia social” con cualquier pensamiento que pudieran tener o que les viniera sugerido por el mismo. Algunas respuestas que obtuvimos en los grupos anti-democráticos fueron ciertamente sorprendentes y nos ofrecieron una primera huella de esta asociación entre autoritarismo y justificación de las desigualdades. A continuación (ver Cuadro 1) ofrecemos un resumen de las intervenciones que expresaban de modo más directo la asociación entre las tendencias subjetivas autoritarias y el rechazo a la justicia social. En la mayoría de estos casos, la propia pregunta fue comprendida a partir de una matriz interpretativa punitivista, que elaboraba espontáneamente una asociación entre el término “justicia” y la práctica de un castigo aleccionador, desvinculado de la mediación legal. Paradójicamente, esa ruptura de cualquier relación con la Ley quedaba asociada al significado de lo social.

Cuadro 1: Representaciones sobre la Justicia Social (grupos anti-democráticos)

Asociaciones espontáneas a partir de la pregunta: ¿Qué es la justicia social?	
1) “Justicia por mano propia, suena a eso. Pero no sé, me parece que no (risas)”.	2) “Justicia de la gente / Justicia de masas / La justicia que hace el pueblo”.
Grupo de discusión de jóvenes anti-democráticos	Grupo de discusión de jóvenes anti-democráticos
3) “La justicia por fuera de lo que es la ley”.	4) “La justicia social es darle algo a alguien a cambio de nada. En ese caso, ¿qué pasa con el que trabaja?”.
Grupo de discusión de jóvenes anti-democráticos	Grupo de discusión de mayores de 60 anti-democráticos

Fuente: Focus Group, elaboración propia, Enero 2015.

La sorpresa que nos producían estas respuestas de los participantes de los grupos anti-democráticos tenía que ver más con los silencios en el discurso que con lo que aparecía allí directamente, reforzado por cierta violencia en las expresiones. Sobre todo en el grupo de jóvenes anti-democráticos sorprendía el silencio y el olvido de cualquier asociación entre el término “justicia social” y la cuestión de la igualdad, aun cuando esta asociación al nivel del significado luego pudiera ser criticada o repudiada mediante valoraciones particulares. En este grupo, no surgía espontáneamente ninguna referencia al requisito normativo de la igualación de las condiciones sociales, ni en términos formales ni en términos materiales. Por eso, la primera asociación que marcó el comienzo de su discusión estaba referida a la “justicia por mano propia” o a la “justicia que hace la gente por fuera de la ley”; esto

es, ellos interpretaban que la justicia *social* es eso que un agente social cualquiera hace en términos de castigo cuando el Estado no ha cumplido las exigencias punitivas que se esperan de él. Justicia social pasaba a ser, entonces, un programa de linchamientos justos, desbordados pero necesarios, castigos ejercidos directamente por “la sociedad”, que canalizan a su vez un tipo de violencia que viene a poner un orden definitivo, que se ejerce sin mediaciones a través de la mano de una sociedad civil que desconfía de la intromisión, las falencias o los des-tiempos de la ley y los agentes estatales.

Este desconocimiento socialmente determinado, que borraba cualquier memoria o significación actual de la idea de justicia social tenía en los grupos anti-democráticos todavía otra determinación esencial. Tanto en la última expresión que recogemos en nuestra lista (expresión 4 del Cuadro 1), que apareció espontáneamente en el grupo de adultos anti-democráticos, como en la discusión posterior, propuesta en una segunda instancia por la coordinadora de los grupos, al sugerirles que el término justicia social estaba en relación con la igualdad, lo que aparecía siempre en los participantes era la idea de que ellos necesitaban denunciar una injusticia o una justicia que estaba invertida: el descubrimiento de que, detrás de la demanda proferida a favor de la justicia social, se escondía en realidad la más grande de las injusticias, que volvía prácticamente imposible el equilibrio y la confianza mutua en las relaciones sociales. La acusación clara que escuchamos contra todos aquellos que defendían el llamado y las exigencias normativas de la justicia social era que se trataba de actores oscuros, especuladores estratégicos que habrían calculado detalladamente cómo hacerse a un lado de las obligaciones sociales, para pasar directamente al usufructo de los beneficios de la vida en sociedad. Por eso, la acusación principal contra todos los beneficiarios o defensores intelectuales del criterio moral que impondría la justicia social se podía enunciar como una fórmula matemática, expresándose como una protesta contra una ecuación a la que le faltaría un término para ser justa: “dar algo a alguien a cambio de nada”.

Lo que nosotros constatamos es que todos estos discursos y estas reacciones afectivas contra la justicia social venían acompañados de una actitud autoritaria, que exigía un nuevo equilibrio entre los miembros y la lógica de los intercambios sociales. De ser necesario, ese nuevo orden o ese nuevo equilibrio social podría tener que recurrir a la violencia, pero bajo esta perspectiva esa violencia restauradora simplemente estaba respondiendo a la violencia originaria de los que se aprovechan del resto a través del engaño moral llamado “justicia social”.

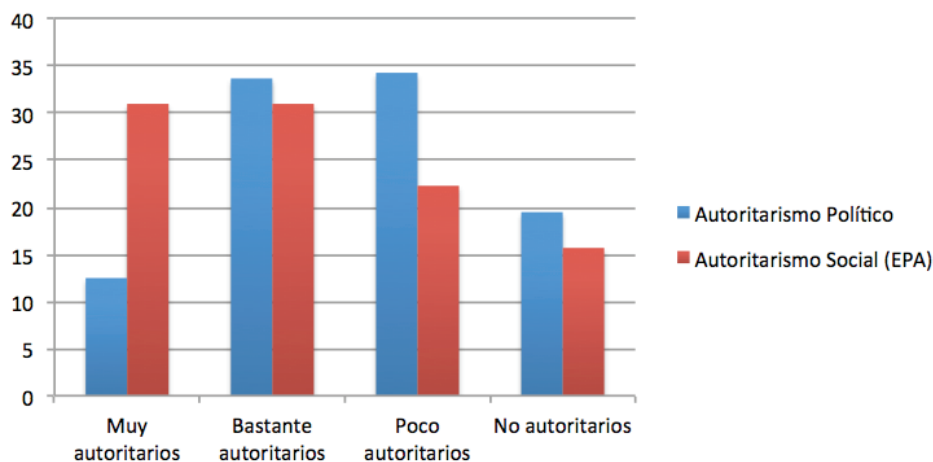
EL AUTORITARISMO SOCIAL Y LA ESCALA F DE ADORNO

Cuando decidimos probar, en este contexto de grandes discusiones políticas sobre la igualdad y la desigualdad social, los trabajos de Adorno de los años '40 sobre autoritarismo, sabíamos que íbamos a encontrarnos con resultados preocupantes. Pero como señala el propio Adorno, cuando estudiamos en serio estas tendencias oscuras de la sociedad, nos deparamos con que siempre son peores de lo que podemos imaginar, porque existen representaciones, argumentos y memorias de un pasado conciliador que nos protegen y nos hacen eludir cotidianamente los niveles de autoritarismo social realmente existentes. Como el nuestro era un momento histórico en el que el autoritarismo estaba creciendo de un modo muy evidente, nos pareció oportuno comparar nuestra propia medición cuantitativa con otras mediciones de opinión pública, en este caso, con las preguntas referidas a la

tolerancia política de la encuesta periódica Américas Barometer.¹ De este modo, podemos tener una representación del autoritarismo que combina dos estudios muy distintos con dos mediciones relativamente próximas. Nuestra encuesta (año 2013), orientada hacia el diagnóstico del autoritarismo social, que seguía los lineamientos del trabajo de Adorno y sus colegas sobre la personalidad autoritaria, y la encuesta Américas Barometer, que siguen un enfoque clásico de los estudios de opinión pública referidos a la adhesión de los individuos al liberalismo político (entendido como la valoración de las libertades civiles y políticas). En el Gráfico 2 se puede observar el resultado de esta comparación, en la que en ambos casos los niveles de autoritarismo están siempre por arriba del 40% (si sumamos los “muy autoritarios” y los “bastante autoritarios”).

Gráfico 2: Autoritarismo social según el esquema de la *Personalidad Autoritaria* comparado con autoritarismo político.

Comparación entre autoritarismo político (Arg. 2014) y autoritarismo según la Escala de la Personalidad Autoritaria (Arg. 2013)



Fuente: Elaboración propia en base a Encuesta Américas Barometer 2014 y Encuesta Problemas de la democracia en Argentina. CONICET/ANPCyT, 2013.

Evidentemente, la aplicación de la Escala F que realizamos en nuestro estudio – con las adaptaciones del caso – ofrece resultados más profundos en términos de medición del autoritarismo, ya que apunta a comprender una dinámica más capilar y un circuito más amplio de emergencias y relaciones en las que pueden ser estudiadas las disposiciones autoritarias al nivel de las opiniones de los individuos. Intentando relevar también lo subyacente y el nivel sub-consciente de la circulación de la violencia social en los individuos, la Escala F nos proporciona, por eso mismo, una mirada cruda sobre la extensión y la intensidad del autoritarismo en nuestras sociedades. Del otro lado, las preguntas clásicas de los estudios de opinión

¹ Deseo agradecer a las instituciones encargadas de la realización de la encuesta periódica Américas Barometer la disponibilidad para trabajar con sus bases de datos.

pública (como el módulo que contiene la encuesta periódica Américas Barometer), referidas a la valoración por parte de la población de los derechos asociados a las libertades civiles y políticas, nos ofrecen un registro más superficial – aunque no por eso irrelevante – vinculado con las disposiciones frente a la tolerancia social y, fundamentalmente, a la tolerancia política. Lo que llama la atención de esta comparación entre ambos estudios no está, sin embargo, del lado del autoritarismo, en el que ambas mediciones difieren notablemente al momento de determinar la extensión del grupo de los “muy autoritarios” (son un 31% para la medición según la Escala F y un 12,5% en el índice de autoritarismo político), sino en el extremo de los no-autoritarios. Notablemente, ambas mediciones prácticamente coinciden en el hecho de que el grupo de los “no-autoritarios” nunca sobrepasa el 20% de la población.

Si la Escala F estaba pensada para llegar a un nivel de detección del autoritarismo en los individuos que pudiera desarmar el trabajo de las racionalizaciones, vemos en nuestro estudio que ese autoritarismo subyacente aparece, en una coyuntura de intensas luchas políticas como la analizada por nosotros, acompañando abiertamente modos muy explícitos de autoritarismo político. Por eso, nos interesaba estudiar específicamente cuál era la relación entre el autoritarismo social y las preferencias políticas de la población. Y para aproximarnos a una interpretación de esta relación, analizamos la correlación que existía entre las variables de la Escala F y las identificaciones políticas de nuestros entrevistados. En el Cuadro 2, mostramos el resultado que cada uno de los entrevistados obtenía en dos de las variables que componen la Escala F (agresividad autoritaria y convencionalismo), desagregadas en cada una de las preguntas-indicadores que nosotros construimos para nuestro estudio cuantitativo, correlacionadas (Rho Spearman) con la evaluación que cada uno de ellos hacía de las dos principales figuras políticas de ese momento, la entonces presidenta Cristina Fernandez de Kirchner y el actual presidente de la nación Mauricio Macri (en ese momento, Jefe de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires). Como se sabe, cuando la correlación es positiva, indica que quienes se posicionaron en los distintos grados de la escala a favor del contenido de un enunciado, también se pronunciaron a favor de la gestión de gobierno de cada uno de los políticos analizados. Por el contrario, si la correlación viene antecedida por el signo negativo, significa que quienes evaluaban positivamente a esa gestión de gobierno se manifestaron en contra del enunciado de la escala, obviamente según los distintos grados e intensidades que las escalas permiten medir.

En un primer análisis de estas relaciones entre los enunciados de la Escala F adaptados por nosotros y las identificaciones políticas relevadas, podemos afirmar que, si bien las correlaciones son por lo general débiles, existe una asociación entre el autoritarismo como disposición reconocible de la constitución psíquica de determinados sujetos y la preferencia por un tipo de figura y programa político como el que ofrecía en ese momento el líder de la derecha en Argentina, Mauricio Macri. Esto se observa en casi todos los enunciados, siendo más fuerte la correlación, precisamente, en las preguntas más “punitivistas” de nuestro cuestionario (pregunta 50 y pregunta 59). En este mismo análisis de correlaciones, se puede observar que esta articulación funciona en un sentido contrario con los seguidores de Cristina Kirchner, quienes tienden a mostrar puntuaciones más bajas en autoritarismo (esto se observa claramente en las preguntas ya mencionadas y en la pregunta 76, que muestra que quienes están a favor de su gestión de gobierno también tienden a estar a favor del contenido “garantista” de este enunciado: “los que reinciden en el delito también merecen respeto y ser protegidos por la ley”). Esta articulación entre autoritarismo subjetivo y posiciones políticas de derecha me-

rece un análisis más detallado que no podemos realizar en esta oportunidad, pero sí debemos dejar sugerido que, en nuestra coyuntura política y en las luchas sociales que la atraviesan, el autoritarismo no es algo que esté igualmente distribuido entre todos los actores políticos, ni es algo con respecto a lo cual todas las posiciones políticas puedan articular un discurso políticamente eficaz. Si bien podría afirmarse que esta asociación entre discursos de derecha y disposiciones subjetivas autoritarias existió siempre, no en todos los casos ella consigue darle forma a las identificaciones políticas determinantes de la escena política institucional, como sí sucede en el caso que estamos observando en la actualidad en Argentina, en América Latina y en otras democracias contemporáneas, en las que han cobrado un nuevo protagonismo fuerzas políticas de derecha o de extrema derecha.

Cuadro 2: Correlación entre las respuestas a cada pregunta de la Escala F (autoritarismo) y las evaluaciones políticas de los individuos.

Variables de la dimensión autoritarismo	Ítems de la dimensión autoritarismo / Correlación Rho de Spearman	Evaluación del Gobierno Nacional C. Kirchner		Evaluación del Gobierno CABA M. Macri	
Agresividad autoritaria	P50. A veces para resolver algunos crímenes horribles, es necesario que la policía actúe más allá de los procedimientos regulares	-,217	0,273	,193	-0,198
	P55. La policía tendría que hacer algo con los cartoneros que rompen la basura	-,152		,190	
	P59. Para evitar el crecimiento de las villas miserias el Estado debería impedir por la fuerza que se produzcan nuevos asentamientos	-,173		,209	
	P76. Aún el que reincide en el delito merece respeto y ser protegido por la justicia	,240		-,105	
Conven- cionalismo	P68. Las tomas y protestas en los colegios públicos les sirven a los estudiantes para aprender prácticas democráticas y ciudadanas	,203	0,291	-,115	-0,200
	P70. En los países serios las calles están limpias y el tránsito ordenado porque la gente está muy bien educada, no como acá	-,216		,109	
	P71. Para educar a los niños en este mundo tan cambiante, la familia y los valores religiosos se han vuelto fundamentales	-,153		,160	
	P86. El servicio militar obligatorio nunca sirvió para nada	,114		-0,053	

Fuente: Elaboración propia en base a nuestra encuesta Problemas de la democracia en Argentina. CONICET/ANPCyT, 2013.

PREJUICIOS AUTORITARIOS Y PARANOIA SOCIAL

Otro abordaje que realizamos en nuestra investigación consistió en la utilización de herramientas que sirven usualmente para elaborar tests psico-proyectivos. La experiencia que le propusimos a los participantes comenzaba con una serie de fotografías que tenían algo en común, pero que eran, al mismo tiempo, muy diversas y contrastantes entre sí (por ejemplo, fotografías de protestas sociales, pero con contenidos y formas performativas de aparecer en el espacio público muy diferentes). En esta oportunidad, me limitaré a comentar la discusión que surgió a partir de una fotografía en particular, que mostraba a un conjunto de jóvenes celebrando y participando de la marcha del orgullo gay en Buenos Aires (ver Cuadro 3).

Cuadro 3: Fotografía para test proyectivo



Ilustración 1: Marcha del orgullo gay, Buenos Aires.

En esta experiencia, aparecieron con nitidez ciertos trazos paranoicos del autoritarismo social, fundamentalmente en las interpretaciones y la discusión que esta fotografía provocó en el grupo de mayores de 60 años anti-democráticos. Frente a la pregunta de la coordinadora: “¿qué nos pueden decir o qué ven en esta fotografía?”, aparecieron dos caracteres marcados de los sujetos más autoritarios. En primer lugar, una especie de ostentación narcisista del saber sobre los otros, una vanagloria que tenía como objeto a la propia capacidad de reconocer e identificar el disfraz y la maldad en los otros. La otra característica se asociaba con una fuerte predisposición a hablar e identificarse con una especie de saber absoluto, irrefutable, no susceptible de crítica o, más bien, capaz de superar todas las críticas y las pruebas en contrario que se le puedan enfrentar en el marco de la discusión. Nada es suficiente para desmentir este saber absoluto de los sujetos autoritarios, por más de

que puedan existir una gran cantidad de pruebas o de observaciones en contrario por parte de los otros participantes.

En el momento más intenso de esta discusión, se generó un intercambio que transcribo aquí *in extenso* por su valor para lo que deseo demostrar, esto es, el carácter y la estructura paranoica del autoritarismo social contemporáneo. Todos los nombres han sido modificados, pero la transcripción es literal y reproduce la discusión generada por la coordinadora al consultarles por la fotografía de la marcha del orgullo gay:

Coordinadora: ¿Qué ven en esta fotografía?

Carlos: Una bandera del respeto a la diversidad cultural y sexual.

María: Esto lo veo como una reunión, pero organizada y con respeto.

Magdalena: Una organización de la Cámpora [organización política que apoyaba al gobierno de izquierda de la presidenta Cristina Kirchner].

María: ¿En dónde? ¿En esta foto [indicando con la mano ilustración 1]?

Magdalena: Sí.

María: Para mí no.

Coordinadora: ¿En qué lo ves?

Magdalena: En las banderas.

Teresa: Las banderas son de la diversidad.

Magdalena [de un modo decidido frente a la duda del resto]: No, no..., sí, sí, conozco el tema, sí, sí. [Se para y señala una parte de la ilustración 1] Lo veo en la organización de la juventud que tienen acá adelante. Todo esto es de la Cámpora, digo yo, eh..., con mucho respeto y quizás esté equivocada, es probable, pero ellos suelen hacer ese tipo de cosas.

Coordinadora: ¿Teresa, qué ves vos?

Teresa: Es muy posible que Magdalena tenga razón, porque me parece que está informada de muchas cosas de las que yo no tengo conocimiento.

Coordinadora: ¿Y ahí, Elisa, qué ves?

Elisa: Ahí yo veo una marcha, supuestamente pacífica, hasta ahí, donde se ve..., después no sé lo que pasa. Veo por ahí, me parece, que hay infiltrados. Aparentan respeto, pero..., bueno, allá al fondo [indicando otra parte de la ilustración 1] no sé lo que pasa.

Luego de leer este fragmento de la discusión, es difícil no coincidir con el análisis de Adorno sobre la modalidad paranoica que asume en el sujeto la disposición autoritaria. Este trazo paranoico de la subjetividad se materializa aquí en una especie de obsesión identificadora, que crea una fortaleza en la consciencia desde la cual lo único que se experimenta de los otros es aquello que realiza la confirmación de la existencia de los propios fantasmas, de modo tal que todo lo que existe en el mundo es aquello que confirma los miedos y los objetos imaginados como causa de esos miedos en el sujeto. En este caso, claramente, se trataba de miedos y fantasmas políticos, porque lo que Magdalena está aquí denunciando como anormalidad, misterio, engaño y maldad, en la fotografía, es la presencia velada y clandestina de una agrupación política en medio de una manifestación pública que aparentaría ser lo que no es. Lo que Magdalena descubre y comparte, eufórica, con sus compañeros de diálogo, es algo a lo que sólo se llega una vez que se ha corrido el velo que los fantasmas políticos arrojan sobre sus víctimas inocentes (o no-políticas, que en esta imaginación funcionarían como sinóni-

mos) para no ser descubiertos en su calidad de tales; esto significa que – y ésta era la idea que Magdalena quería imponer en sus interlocutores – sólo llegamos a la verdad de la fotografía si traspasamos la apariencia que pretende enseñarnos que lo que vemos es un evento pacífico y celebratorio, cuando en realidad “se” sabe que se trata de una intervención política oscura y una intencionalidad perversa que permanece oculta para el público.

Adorno describió esta estructuración paranoica de la subjetividad que se forma con el autoritarismo, en términos que lo aproximan a nuestros hallazgos. En su caso, el objeto a ser identificado, descifrado inmediatamente debajo de su máscara, eran los judíos, que en el pensamiento anti-semita también quedaban equiparados a un cierto desorden fundamental de la vida en sociedad que debía ser reparado (de allí, el famoso diagnóstico del antisemitismo sobre “el problema judío”) y al ejercicio oculto de un poder omnipotente contra el cual el antisemita sentía que estaba luchando una guerra desigual en soledad. Su descripción de este cuadro procedía de la siguiente manera:

Sus insinuaciones más o menos crípticas revelan un tipo siniestro de orgullo: hablan como si tuvieran a su disposición un gran conocimiento y hubieran podido resolver una adivinanza irresuelta por la humanidad. Conocen la respuesta para todo y les muestran a sus compañeros de discusión la seguridad absoluta de aquellos que han bloqueado cualquier contacto que pudiera modificar su fórmula. Probablemente sea esa seguridad engañosa la que los arroja a hablar pasando por encima de aquellos que se sienten inseguros. Por su gran ignorancia o confusión o semi-erudición el anti-semita siempre puede conquistar la posición de un mago [*wizard*] profundo. No debería quedar ninguna duda con respecto al hecho de que las personas que tienen una posición extrema en anti-semitismo alegarán frecuentemente que ellos pueden reconocer a un judío inmediatamente (ADORNO et al., 1950: 619-622).

En nuestra experiencia con la foto sobre la diversidad sexual (ver Cuadro 3), observamos una transformación elocuente. Comenzamos con una interpretación distante pero adecuada que reconocía el significado de la manifestación pública como una marcha a favor de la diversidad, y terminamos con un extraño consenso en el que los participantes comenzaban a desconfiar de todas sus percepciones, para abrirle lugar a la idea de que todo lo que se veía no era más que un artificio, el resultado de una estrategia de una oscura agrupación política. Performativamente, el papel del sujeto más autoritario del grupo resultó clave en esta discusión. Fue Magdalena la que, con su apelación a un saber especial y absoluto, logró modificar la corriente de opiniones del resto, exigiéndoles fundamentalmente que ellos también realizaran el mismo pasaje que había recorrido su propia interpretación de la fotografía. Este movimiento consistía en desplazar rápidamente la atención desde el lugar en el que se detiene la mirada que confía en la superficie de lo que se podía ver en la imagen, hacia el escrutinio que empieza a examinar el fondo de la imagen, para imaginar allí lo oculto y asignarle una representación positiva a la amenaza colectiva que la subjetividad paranoica proyecta sobre la realidad. En toda esta discusión sobre la fotografía de la diversidad sexual, la mirada del sujeto autoritario fue decisiva para que el resto comenzara a confiar en su saber identificador (“es muy posible que Magdalena tenga razón, porque me parece que está informada de muchas cosas de las que yo no tengo conocimiento”) y a

imaginar, a partir del mismo, todo lo que se le escapa a la mirada receptiva e ingenua que se detiene en la alegría de los jóvenes que aparecen en primer plano. Los abrazos, los colores, los gestos de afecto y la apelación ética al respeto que aparecen en la “superficie” de la foto esconden, para la mirada paranoica del sujeto autoritario, un secreto calculado que ellos se proponen descubrir, identificando detrás de las máscaras cuáles son los “verdaderos” afectos, los “verdaderos” gestos y las “verdaderas” intenciones morales de los participantes de esta movilización. Frente al desafío hermenéutico que plantean estos jóvenes, que aparecen abiertamente en la esfera pública con un modo de presentarse a sí mismos y un discurso propio que tiene que ser escuchado para poder ser conocido adecuadamente, el mecanismo paranoico simplemente bloquea esa exigencia elemental y conduce al sujeto a una observación desde afuera, que cree que conoce desde adentro a su objeto. Se materializan, así, las condiciones psíquicas y sociales para el surgimiento de intérpretes excluyentes, que no necesitan de los otros para darle vida y sentido a los signos de nuestros lenguajes, porque pueden esgrimir, contra sus adversarios, un conocimiento pre-lingüístico de la esencia de esos otros que fabrican los signos. Este intérprete excluyente es la forma semiótica fracturada de los sujetos autoritarios contemporáneos.

LA ESTRUCTURA Y EL OBJETO DEL SUJETO AUTORITARIO

Otros dos elementos que nos interesaba relevar en los grupos de discusión eran la estructura del discurso autoritario y el objeto de ese autoritarismo. En relación a estos elementos, teníamos una serie de preguntas de investigación marcadas por una coyuntura política de alta polarización y por la emergencia de un discurso público cada vez más explícito en su carácter autoritario. Básicamente, nos preguntábamos: ¿por qué si el autoritarismo individual no construye en la duración de la vida pública nada parecido a un sujeto colectivo (con intereses comunes, tradiciones compartidas, experiencias biográficas semejantes, etc.) puede, sin embargo, servir para actuar en la esfera pública *como si* fuera un sujeto colectivo, que se solidifica exclusivamente a través del propio autoritarismo?; ¿por qué en las interacciones sociales y en la vida cultural compartida el autoritarismo le permite al sujeto “seguir adelante”, “superar” obstáculos, así como pasar por encima de las diferencias y las ambigüedades de la experiencia?; finalmente, ¿cuál es la productividad del autoritarismo para el sujeto?, ¿qué deseos se elaboran y se satisfacen en ese estado de efervescencia y constitución permanente del sujeto que moviliza el autoritarismo social?

Lo primero que encontramos, para responder estas preguntas, en los distintos grupos anti-democráticos, fue la ligazón muy nítida y cargada afectivamente que existía entre el sujeto autoritario y el objeto de su odio. La ligazón con el objeto de odio aparecía de modo explícito, no era escondida, ni racionalizada, ni diferida en la secuencia de la conversación. Este objeto aparecía siempre en primer lugar y en persona, cargado por los sujetos autoritarios como una parte esencial de sí mismos. Aquí también el trabajo sobre la personalidad autoritaria de Adorno nos provee de elementos conceptuales e hipótesis interpretativas que todavía hoy nos permiten comprender esta relación particular que liga al sujeto autoritario con su objeto, que vemos extenderse en las manifestaciones contemporáneas del racismo político, la xenofobia, la misoginia o el odio hacia la diversidad en las orientaciones sexuales. En una notable formulación, Adorno pensaba esa relación con el objeto como una especie de enamoramiento invertido, en la que el sujeto autoritario quedaba preso de un

sentimiento que él denominaba: “Negatively falling in love” (ADORNO, 1950: 615). Así describía Adorno al autoritarismo desde el punto de vista afectivo, como un estado de enamoramiento negativo, que posee la misma fijación en el objeto que el enamoramiento positivo, sólo que la modalidad del deseo que impulsa ese estado afectivo es aquí la agresividad y el impulso destructivo, que no buscan fusionarse y volverse uno con el objeto del deseo, sino que lo que ansía es su exclusión y su destrucción dentro de la vida psíquica y social.

Analizando los discursos autoritarios en los que se le daba una expresión y un lugar a los objetos de odio, surgía con mucha frecuencia una estructura que se reiteraba. Esta estructura tenía, al menos, cinco elementos o momentos esenciales: 1) el objeto de la disposición autoritaria; 2) el diagnóstico social que soporta o fundamenta en las subjetividades autoritarias sus actitudes agresivas; 3) la imagen de sí mismos en la que desean reconocerse los sujetos autoritarios; 4) la modalidad en la que se aplica el autoritarismo; y 5) la finalidad que persiguen en el discurso y en la facticidad social las actitudes autoritarias. En nuestra investigación, estos cinco elementos adquirían en los distintos miembros de los grupos anti-democráticos una serie de contenidos que estaba lejos de ser infinita. Esa serie era más bien limitada y mostraba que el diagnóstico social que explicaba la necesidad de la descarga de la violencia autoritaria respondía a una gramática que se reiteraba. Entre los contenidos más frecuentes, encontramos los siguientes:

Cuadro 4: Estructura del discurso autoritario.

El OBJETO de la disposición autoritaria: villeros, políticos, los que piden derechos, los que reclaman, los que reciben subsidios, los extranjeros, los jóvenes ni-ni (ni estudian-ni trabajan).	Auto-IMAGEN: “nosotros tenemos otra mentalidad”, “nosotros tenemos la cultura del trabajo”, “somos hijos de europeos”, “somos argentinos y pagamos nuestros impuestos”.
El DIAGNÓSTICO social detrás de las actitudes agresivas indicaba que el mundo de la vida social estaba: atravesando una epidemia, afectado por una invasión, lleno de planes sociales, lleno de impuestos, saturado de inseguridad, carente de buena educación, sin respeto por los padres, falta de controles.	MODALIDAD de las actitudes agresivas propuestas: poner una bomba, mandarlos al sur, que trabajen más, que vuelvan a sus provincias donde van a ser más felices, que los gobernadores se los lleven, poner más límites a los extranjeros, eliminar los programas sociales para los que no trabajan.
FINALIDAD de las actitudes autoritarias: “hacer justicia”, “restaurar la civilización”, “hacer con mi plata lo que quiero”, “que no manejen mi vida”.	

Fuente: Focus Group, elaboración propia, Enero 2015.

Como puede observarse en el Cuadro 4, existe una relación especular muy nítida entre las características descriptivas básicas del objeto de odio y la auto-imagen o el ideal-del-yo del sujeto autoritario. Cada atributo, facultad o modalidad del ser humano que es represen-

tada como causa del odio en el sujeto autoritario aparece invertida en el ideal-del-yo del mismo sujeto. Si piensa a los otros que odia como irresponsables que piden derechos sin contraprestaciones, se imagina a sí mismo portador de otra mentalidad, en la que el principal valor es la responsabilidad que se pondría de manifiesto al cumplir con sus obligaciones fiscales. Si el otro es declarado perezoso, el sujeto autoritario construye una imagen de sí mismo en la que se vuelve modelo de laboriosidad y portador de la cultura del trabajo. Si los otros son representados a partir de la categoría de “extranjeros”, los sujetos autoritarios se identifican con un modelo étnico que ha borrado los matices y las hibridaciones propias de nuestra historia americana y se presentan a sí mismos y a su grupo de pertenencia como “hijos de europeos”.

Esta especularidad nos recuerda, ciertamente, al mecanismo freudiano de la proyección, mediante el cual el sujeto amenazado, que siente la inminencia de algún castigo externo o interno por parte de su super-yo, expulsa hacia afuera las determinaciones que lo volvían sospechoso frente a la autoridad de esas instancias de control y construye con esos deseos y características propias reprimidas el objeto externo de su odio. Por eso, en vez de encontrar en la resistencia frente al imperativo de la laboriosidad o la responsabilidad una corriente de deseos comunes, que merecerían una reflexión por el modo en el que permiten poner en cuestión el sentido de la laboriosidad y las exigencias que pasan bajo la categoría de la responsabilidad en nuestras sociedades, el sujeto autoritario se deshace de cualquier comunidad con los otros en torno a esos “deseos indeseables” y los proyecta en un otro cerrado sobre sí mismo, que sólo puede imaginar como objeto a ser destruido.

Esta constelación de mecanismos psíquicos (paranoia, proyección defensiva) se enlaza fácilmente con ideologías excluyentes, porque promueven en el aparato psíquico una forma de integración de sus partes que guarda más que meras analogías estructurales con los medios de integración social que promueven esas ideologías. Y volvemos a encontrar aquí la afinidad y la articulación entre el autoritarismo subjetivo y las ideologías que se oponen a las políticas redistributivas que pretenden realizar los principios normativos de la justicia social. En el mismo sentido, observamos una articulación entre este autoritarismo subjetivo y el rechazo o la adhesión a distintas versiones de la ideología anti-política, como veremos a continuación en nuestro último apartado.

EL MAPA POLÍTICO-IDEOLÓGICO DEL AUTORITARISMO CONTEMPORÁNEO

Para terminar, quisiera ofrecer una representación sintética de los temas que venimos desarrollando, pensando en poder aproximarnos a una idea de la extensión y las combinaciones ideológicas en las que se expresa el autoritarismo que hemos analizado hasta aquí, sobre todo, en términos cualitativos, como mecanismos psíquicos y estructuras discursivas de las subjetividades. Intentando estructurar en una clave más sociológica los hallazgos de nuestra investigación, tendremos que orientarnos a un estudio del impacto de las transformaciones del capitalismo actual en la subjetividad, mediadas por la emergencia de un grupo determinado de ideologías políticas, que van adquiriendo nuevos pesos y funciones relativas.

Si nos volvemos por un momento hacia el campo de la sociología política, podemos preguntar cómo se articulan las tres dimensiones ideológicas que indagamos en nuestro estudio cuantitativo: el autoritarismo, las justificaciones de las desigualdades sociales y el pensamiento anti-político. Bosquejando una posible cartografía política para comprender el juego de estas combinaciones ideológicas, voy a proponer un espacio de atributos con estas tres dimensiones, de cuyo entrelazamiento me interesa destacar ocho posiciones político-ideológicas posibles (ver Cuadro 5).

En esta ocasión, seré estricto y exigente con el concepto de democracia, y sólo consideraré democrática a aquella posición que no es autoritaria (o más bien, es anti-autoritaria) y tiene una predisposición positiva hacia la vida política dentro del Estado (concepción republicana de la política). Siguiendo este criterio, llamaré *derecha democrática* a aquella posición ideológica que, si bien conserva una opinión contraria a la justicia social redistributiva, no es autoritaria y tiene una relación afirmativa con la política, dado que comprende su lugar en la democracia y permanece abierta frente a las discusiones y las polémicas que suscita. En la misma dirección, llamaré *izquierda democrática* a aquella posición que se manifiesta a favor de la justicia social redistributiva y la política, siendo al mismo tiempo no-autoritaria o anti-autoritaria. En el medio quedan las posiciones que articulan las disposiciones que aquí consideramos normativa y subjetivamente necesarias para la democracia, combinadas de distintos modos, a partir de diferentes unilateralidades. Como acepto la división en torno a la justicia social dentro del concepto pleno de democracia, son las otras dos dimensiones las que van a designar el contenido de estas posiciones ideológicas mixtas. De este modo, llamaré *derecha o izquierda republicana* a aquella posición ideológica que se muestra abierta hacia la política (los derechos y la participación política), pero revela junto con eso una disposición autoritaria o contraria a las libertades civiles. La otra combinación que surge de este mapa es la de aquella posición que, siendo liberal o anti-autoritaria, se posiciona sin embargo de un modo reactivo o refractario frente a la vida política de la sociedad. A quienes se sitúan en esta posición y están a favor de la justicia social, los llamaré *izquierda liberal o izquierda anti-autoritaria*, y a quienes lo hacen a partir de un rechazo a la justicia social, los llamaré *derecha liberal o derecha anti-autoritaria*. Finalmente, a quienes se sitúan, al mismo tiempo, en una posición autoritaria y contraria a la política los llamaré conservadores, pudiendo ser parte de una *derecha conservadora* si junto con esa determinación están en contra de la justicia social, o parte de una *izquierda conservadora* si están a favor de la justicia social, a pesar de ser autoritarios y estar en contra de la vida política republicana. Todas las combinaciones posibles, que se resumen en el Cuadro 5, nos muestran la gramática socio-política que estoy tomando aquí de base para ofrecer un mapa de las ideologías. Este mapa de las ideologías debería permitirnos realizar un análisis más profundo y preciso sobre la extensión de las mismas en la población.

Cuadro 5: Mapa de las ideologías políticas que combina la relación de los individuos con la política, el autoritarismo y la justicia social.

		Autoritarismo (+)	Autoritarismo (-)
Derecha Justicia social (-)	Política (+)	Derecha republicana	Derecha democrática
	Política (-)	Derecha conservadora	Derecha No-autoritaria
Izquierda Justicia social (+)	Política (+)	Izquierda republicana	Izquierda democrática
	Política (-)	Izquierda conservadora	Izquierda No-autoritaria

Fuente: Elaboración propia en base a nuestra encuesta Problemas de la democracia en Argentina. CONICET/ANPCyT, 2013.

A partir de esta clasificación y con esta reconstrucción relacional del espacio ideológico-político sobre la mesa, podemos volcar los resultados de nuestra investigación empírica cuantitativa, agregándole la medición sobre la justicia social y la relación con la política a las mediciones sobre autoritarismo, que realizamos siguiendo el modelo conceptual y metodológico de los estudios de Adorno sobre la personalidad autoritaria. Para concluir, entonces, ofrecemos los resultados (ver Cuadro 6) de nuestra cartografía socio-política, que toma en cuenta las ideologías asociadas con las formas contemporáneas de autoritarismo social.

Cuadro 6: Posiciones político ideológicas (porcentajes sobre el total de la muestra)

Derecha Conservadora	41,3%	Izquierda democrática	19,3%
Derecha no-autoritaria	7,9%	Izquierda conservadora	9,9%
Derecha republicana	4,8%	Izquierda no-autoritaria	8,8%
Derecha democrática	3,9%	Izquierda republicana	4,1%
Total derecha	57,9%	Total izquierda	42,1%

Fuente: Elaboración propia en base a nuestra encuesta Problemas de la democracia en Argentina. CONICET/ANPCyT, 2013.

Entre los múltiples análisis que este mapa de las ideologías políticas nos permite realizar, me limitaré aquí a bosquejar una interpretación de este campo a partir del análisis de los dos grupos más significativos en términos cuantitativos: la derecha conservadora y la izquierda democrática. No es un dato menor el hecho de que el campo política aparezca desbalanceado de esta manera, a partir de un bloque de derecha conservadora (41,3%) que duplica a la izquierda democrática (19,3%). Este resultado muestra también que, entre las posiciones contrarias hacia la justicia social (que aquí hemos denominado, a partir de la nomenclatura de la sociología política, como de “derecha”), el grupo más importante es

el grupo autoritario y anti-político. Del otro lado, la izquierda muestra una mayor heterogeneidad relativa, con una izquierda conservadora importante (9,9%) y con una izquierda democrática dominante dentro de este campo ideológico (19,3%).

La imagen que nos devuelve esta cartografía ideológica no es la de un “funcionamiento normal” de las democracias capitalistas, en las que deberían alternarse los dos grupos mayoritarios de la izquierda y la derecha democrática. Esta representación nos ayuda también a descifrar el fenómeno del crecimiento del autoritarismo social y político contemporáneo, que si bien está diseminado en todo el campo ideológico, aparece marcadamente anclado en el lado derecho del campo político-cultural. Los trabajos pioneros de Adorno sobre la personalidad autoritaria sirven para desarrollar este tipo de crítica de las ideologías en clave socio-política. Nos muestran un panorama más claro y profundo sobre el lado oscuro de nuestra cultura política.

REFERENCIA

ADORNO, Th., FRENKEL-BRUNSWIK, E., LEVINSON D. y SANFORD, R. **The authoritarian personality**. New York: Harper and Row, 1950.

DADOS DO AUTOR

EZEQUIEL EDUARDO IPAR

Doctor en Ciencias Sociales. Profesor de Teoría Sociológica, Universidad de Buenos Aires-CONICET, Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe. Buenos Aires - Argentina. ezequielipar@conicet.gov.ar

Submetido em: 7-4-2017

Aceito em: 22-5-2017